

**I** Jornadas de Investigación en  
Comunicación y Política:  
Los problemas de la subjetividad y la cultura



***Identificación y melancolía: aproximaciones al análisis discursivo de  
subjetividades políticas en un estudio de caso***

*María Laura Schaufler (FCE -UNER / UNR-CIM / CONICET);*

*Leila Martina Passerino (FCE -UNER / UBA-IGG / CONICET)*

**Resumen:**

Este trabajo apunta a analizar las huellas discursivas que funcionan como indicios de las identificaciones imaginarias en la constitución e intervención de los sujetos políticos y que encuentran su argamasa en el tejido cultural. Con esta intención, abordaremos la dimensión afectiva en el discurso de sujetos que han tenido o tienen un vínculo significativo con “el campo” (productores, prestadores de servicios y trabajadores rurales de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos).

Esta ponencia es parte de los avances del Proyecto de Investigación y Desarrollo “Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso” –PID N° 3132 UNER-, dirigido por Sergio Caletti y co-dirigido por Carina Muñoz, destinado, en términos amplios, a analizar las matrices culturales implicadas en las identificaciones políticas que cobraron publicidad a partir del llamado “Conflicto del Campo” en 2008. El proyecto se propone como objetivo general avanzar en el análisis y conceptualizaciones entre cultura y política y en particular, en los modos en que las matrices culturales de una comunidad pueden dar sustento a las formas de intervención política a través de dispositivos afectivos de identificación, que incluyen las

dimensiones imaginarias, con las que los sectores se conciben y definen a sí mismos en una situación histórico-política concreta.

A partir de una reflexión teórico-metodológica para el abordaje de las entrevistas realizadas, proponemos algunas herramientas de análisis. Con este cometido retomaremos algunos conceptos de dos perspectivas teóricas: el enfoque de análisis del discurso propuesto por Michel Pêcheux y la noción de melancolía de Sigmund Freud. Desde los aportes del psicoanálisis, la lingüística y el marxismo, el primero nos permite trabajar las articulaciones entre discurso, ideología e imaginario. Desde este marco tendremos en cuenta las formaciones imaginarias e ideológicas que han dado lugar a tomas de posición y que pueden ser comprendidas en relación a determinadas formaciones discursivas. Y a partir de la noción de melancolía buscaremos rastrear algunas huellas de tales formaciones imaginarias a partir de las cuales se inscriben los sujetos entrevistados, con el objetivo de abordar la dimensión afectiva de los discursos.

Palabras clave: discurso – ideología – imaginario – identificación – política – afectividad

**Identificaciones: huellas discursivas de la dimensión imaginaria**

Las formaciones discursivas con las que trabajaremos cobraron especial publicidad desde el llamado “Conflicto del Campo” en 2008, erigiéndose como una posición de enunciación política y dando visibilidad a un lugar de inscripción cultural. Lejos de ser homogéneas, estas formaciones –como cualquier otra- están plagadas de contradicciones, con secuencias discursivas que bien podrían funcionar desde otros lugares de enunciación política<sup>1</sup>.

Siguiendo la perspectiva de análisis de los discursos propuesta por Pêcheux (1978) entendemos que las formaciones discursivas se ligan a formaciones ideológicas e imaginarias. Mientras la dimensión de lo ideológico se asocia a las operaciones de borrado de las huellas de su condición ideológica, bajo el disfraz de una percepción directa de la realidad; las formaciones imaginarias, que aquí nos interesan especialmente, se relacionan a los procesos de subjetivación e identificación en los cuales los sujetos se refieren a sí mismos y se autorreconocen siempre frente a un otro. En palabras de Pêcheux, las formaciones imaginarias designan la imagen que nos hacemos de nuestro propio lugar y del lugar del otro. Es imaginario el lugar en que uno cree reconocerse a sí mismo y el lugar que otorga al otro.

Según el autor estas formaciones se relacionan con procesos discursivos anteriores que surgen de otras condiciones de producción y que han dejado de funcionar pero han dado nacimiento a ‘tomas de posición’ implícitas. Esto supone además que todo discurso se inscribe en el interior de una relación de fuerza y ocupa un cierto lugar en una formación social dada.

En el plano de los procesos históricos concretos, las formaciones discursivas, ideológicas e imaginarias forman un suelo desde el cual se erigen las identificaciones culturales y políticas. Este entramado conforma al sujeto mientras éste ilusiona con ser el productor autónomo y autodeterminado de su producción discursiva, la fuente de sentido, el autor de todo lo que enuncia, ignorando las relaciones de determinación inversas. En palabras de Caletti: “No cabe pensar, entonces, al sujeto de manera puramente empírica, sino que se trata, más bien de una subjetividad social en la cual pueden cohabitar distintas tramas de sentido. El sujeto lo es en relación a una subjetividad social que necesariamente lo excede, y por su intermedio. Es legítimo concebir la construcción histórico-social de la subjetividad y, por lo mismo, la existencia de una *subjetividad social*, concibiendo en tanto que *sujeto* a los colectivos identitarios que intervienen como tales en los procesos históricos”. (Caletti, 2009: 81)

Aquí nos proponemos analizar los discursos recogidos en las entrevistas realizadas a sujetos que han tenido o tienen una relación significativa con “el campo” en la provincia de Santa Fe y la de Entre Ríos. Desde 2010 hemos realizados más de 30 entrevistas organizadas a partir de la definición de perfiles. Luego de analizar las condiciones socio-productivas de las dos provincias y de los emergentes más significativos de algunas entrevistas exploratorias, resolvimos mantener la diferenciación entre las provincias. Por ejemplo, Santa Fe presenta una menor cantidad de población rural aislada y un mayor cultivo de soja -es la tercera provincia productora. Entre Ríos, en cambio, está entre las provincias de menor producción sojera y con mayor cantidad de población rural aislada<sup>2</sup>.

A partir de esta primera demarcación construimos variables para la definición de los perfiles de entrevistados según: la franja etaria o generacional (joven/mayor); la residencia (rural/urbano); la modalidad productiva o el vínculo con la propiedad (propietario/arrendatario) y la relación laboral (trabajador rural/prestador de servicios). Realizamos estas distinciones bajo el presupuesto de la relación *afectiva* que los sujetos mantenían o mantienen con el “campo”.

Aquí rastreamos algunos indicios discursivos que pueden funcionar como huellas de la dimensión imaginaria de las identificaciones políticas. Entendemos los indicios como detalles secundarios, marginales, periféricos, marcas discursivas involuntarias, rasgos desdeñados, que nos permiten interrogarlos para formular hipótesis interpretativas. Este modo de construcción de conjeturas a partir de huellas, que en este caso son discursivas, tiene sus bases en el conocido paradigma de inferencias indiciales propuesto por Carlo Ginzburg (1999)<sup>3</sup>.

Entendido de esta manera, el discurso aparece como una fuente de indicios a partir del cual el sujeto imagina su sí-mismo y construye la definición imaginaria de su identidad. Desde esta noción relacional de la construcción identitaria seleccionamos algunos indicios de la construcción imaginaria que los entrevistados hacen del lugar de sí mismos y del otro, es decir, de la configuración de la propia identidad a partir de la diferencia. Veremos que, en muchas ocasiones, las formaciones imaginarias sostienen a nivel discursivo ambivalencias que se relacionan con un terreno afectivo.

### El campo como “forma de vida”

Para este análisis seleccionamos algunos extractos de las entrevistas realizadas a propietarios, trabajadores rurales y prestadores de servicios asociados a la actividad. Lejos de definirlo como una actividad económica, la mayoría de los entrevistados asocian al campo a una *forma de vida*<sup>4</sup>. “*El sistema de vida del campo es muy especial*”, caracterizado por la “*tranquilidad*”, la “*costumbre*”, la “*inocencia*”:

*“Mirá, yo siempre digo que la mejor gente que conocí fue en el campo. Extraordinaria. Los alumnos son absolutamente diferentes. Y pude comparar, porque después trabajé en Hernandarias y después trabajé acá –Paraná-. Entonces, se puede comparar. Y los chicos del campo tienen una virtud especialísima. Son tan sanos, son tan respetuosos. Son queribles, realmente. Los otros chicos también, pero éstos no están enviados de nada, los chicos del campo.”* (Prestadora de servicios, mayor, ER)

Los “chicos del campo” son presentados como “sanos, respetuosos, queribles, virtuosos, trabajadores”, frente a un otro “absolutamente diferente”: el chico de ciudad que estaría intrínsecamente “enviciado”. Vemos esta misma caracterización de la niñez asociada a la inocencia y a la tranquilidad en otra entrevistada:

*“Lo que noto por ahí distinto con el resto de los chicos es el tema de la inocencia y la tranquilidad. O sea, yo me crié junto con mis hermanos y unos chiquitos que teníamos de vecinos, y estábamos todo el día a las vueltas, o sea, sin preocupaciones, en patas y jugábamos en el barro y así. Cosas que acá perdí.”* (Joven propietaria, SF)

El campo se distingue de la ciudad, la cual aparece como el lugar de los vicios, la falta de inocencia, la intranquilidad. Ahora bien, la niñez en el campo también se asocia al trabajo, y así se diferencia de la de la ciudad:

*“Nosotros siempre algo teníamos que hacer. O sea, obvio, según cada familia, pero por ejemplo, casi siempre en Belgrano se levantaban todos a las 10 de la mañana, 11, los chicos. Nosotros eran las ocho y ya nos llamaban. Y estás a las vueltas y siempre algo para hacer hay.”* (Propietario joven, SF)

La infancia en el campo se distingue a través del trabajo, la vivencia y el conocimiento de “cuestiones de campo”:

*“En realidad, los chicos me enseñaban a mí más de lo que yo les enseñaba a ellos en cuestiones de campo. Porque yo no era del campo. Nunca viví en zona de campo. Vivía en un pueblo. Conocía cosas y había estudiado, pero ellos te enseñan mucho más de lo que vos... Por lo que vivenciaban con sus papás. Ya te digo: tenían que trabajar con ellos.”* (Prestadora de servicios, mayor, ER)

En relación a los adultos, el trabajo deja de estar asociado a la inocencia o al juego, y se ata fuertemente a la idea de sacrificio: “*El que iba al campo, sabía que así era la historia*”, (prestador de servicios, mayor, ER); “*En el campo nunca se termina el trabajo*” (propietario joven, SF). El trabajo entendido como sacrificio tiene que ver especialmente con formaciones imaginarias que también se relaciona con las labores en el campo de un pasado que se actualiza en el discurso, cuestión que analizaremos luego a través de la noción de melancolía.

### **El espectro de diferenciaciones internas en la identificación con el campo**

Luego de este primer análisis de las identificaciones en torno al campo a través de su oposición a la ciudad, notamos que dentro de esa caracterización hay distinciones internas en relación a: a) la proveniencia de sus antepasados, b) su inscripción geográfica –según las provincias-, c) entre propietarios y trabajadores rurales, d) entre los productores mismos – chicos o grandes; agricultores o ganaderos; y e) entre ingenieros y baqueanos -en relación a los saberes.

- a) La primera diferenciación interna que veremos se relaciona con la herencia de los antepasados inmigrantes. Los llamados “*colonos*” se distinguían por su proveniencia, por ejemplo, entre las colonias “alemanas protestantes” y las “italianas” – mayoritariamente católicas:

“*En esa colonia alemana toda la gente era laborante, muy laborante. Pero no con grandes expectativas de vida. Ellos como que se conformaban.*” (Prestadora de servicios, mayor, ER)

En la colonia italiana, en cambio:

“*Esa gente tenía unas ansias de progresar. Ellos trabajaban como trabajaban estos otros. Pero ellos tenían otro nivel de vida. Ellos aspiraban siempre a más. Era notable la diferencia. Y los chicos también eran así, muy curiosos. Que querían aprender, que querían... No parecían chicos del campo, realmente. Ninguno. Eran todos ellos, así con... Con otra postura frente a la vida. Yo no sé si tendrá que ver esto de que ellos sean de una colonia italiana, descendientes de italianos, y que éstos sean... No sé si tiene o no tiene que ver. O será que se contagia, porque era toda la comunidad igual. Y esta otra comunidad también. Y era llamativamente igual. Pero éstos eran con el trabajo, más tranquilos. Las casas, muchas con pisos de barro. Y no se les ocurría ponerles un contrapiso, por decirte. Sin embargo, vos ibas... Porque eso tenían en todas las casas. La gente de campo, toda igual: te invitaban a la casa.*” (Prestadora de servicios, mayor, ER)

Si bien ambas “comunidades” de “colonos” eran “laburantes”, “muy laburantes”, en el caso de los alemanes, la entrevistada notaba un conformismo, una inocencia, que se diferenciaba de la pujanza de la colonia italiana y la curiosidad de sus niños, que entonces, no parecían del campo. No obstante, hay que destacar que la propia entrevistada se identificaba a sí misma como “alemana”: *“yo no sabía hablar una palabra en alemán, a pesar de que soy alemana”*.

El progreso, las aspiraciones, el nivel de vida, la curiosidad, no serían características de los “chicos del campo”, menos aún de los descendientes alemanes. Los alumnos de la colonia italiana se presentan como la excepción: *“No parecían chicos del campo, realmente”*.

Las colonias son definidas como “comunidades”, cuyas similitudes son la actitud trabajadora y la cordialidad. Las características diferenciales, ligadas a una herencia identitaria según las naciones de las cuales provino la inmigración también se asocian a un “contagio”. Las metáforas biologicistas y esencialistas para definir las identidades se presentan aquí para trazar una diferencia al interior de la gente de campo, cuyas comunidades, al tiempo que se distinguen, aparecen como internamente homogéneas. Aquí, la diferencia que las divide se relaciona al progreso material.

b) La inscripción geográfica del campo también cuenta para el trazado de diferencias.

Una joven propietaria de Santa Fe distingue entre su provincia y Corrientes:

*“Como que acá [en Santa Fe] ya la gente se fue al pueblo y le gustó más el trabajo que son ocho horas sí o sí y no tienen que hacer horas extra, a lo mejor, en campaña y no tienen que renegar y cobran lo mismo. Y bueno, también es todo un tema las familias que tienen chicos, para ir y venir de la escuela, que por ahí faltan a clase los días de barro. Por eso es como que duran más los chicos que son solteros que los que tienen familia, que a la larga se terminan cansando, se terminan yendo al pueblo o buscando otro trabajo que sea más cómodo para ellos.”*

En cambio en Corrientes, “están acostumbrados”: *“La gente por ahí cambia un poco allá, son más tranquilos, tienen su horario, su forma de trabajo, es distinto.”* (Propietaria, joven, SF)

La diferencia se asienta en cuestiones de jornada laboral y de comodidad. Mientras en Santa Fe se apuntaría a reducir las horas de trabajo y a buscar una vida más confortable en las ciudades, en Corrientes, la “tranquilidad” supone quedarse a vivir en el campo. Tranquilidad y comodidad, en este sentido, son, a contrapelo del sentido común, antagónicas.

Otro entrevistado, propietario mayor de Santa Fe, marca la diferencia entre el santafecino y el entrerriano:

*“El entrerriano se crió mucho más en el campo. Ellos tal vez tienen una generación menos que nosotros en lo que es campo. Yo porque nací, me crié en el campo y me gusta el campo y me volvería a vivir al campo. El entrerriano siguió viviendo siempre en el campo. Vos cuando des vueltas por Entre Ríos vas a ver que están todas las casas habitadas. Acá no quedó nadie. O sea, la generación anterior a nosotros se fue del campo, por ende los hijos, no volvió casi ninguno al campo (...) Cuando recorras Entre Ríos, las zonas más pobladas de Entre Ríos, vas a ver que también hay casas cada cuatro o cinco km y están habitadas y acá las desarmaron.”* (Mayor propietario, SF)

Este problema de reducción de la población rural, sobre todo en la provincia de Santa Fe, se debe, según este discurso, al reemplazo de la ganadería por la agricultura:

*“La gente, al haber animal, la gente queda viviendo en el campo. Ya sea el propietario o un empleado, porque tienen que estar en contacto y ni que hablemos con el tambo. En la escala, si nosotros hubiésemos querido que el país no le falte gente para trabajar, era darle manija a las lecherías (...) Y al tambo después le sigue el transportista que todos los días viene a buscar la leche; la fábrica, que tiene que elaborarla, y me evito todos los problemas que estamos pregonando de agregarle valor a la producción.”*  
(Mayor propietario, SF)

Aunque la ganadería supone el mayor valor de la producción por la necesidad de mano de obra, si contrastamos estos enunciados con el párrafo anterior notamos que la agricultura supone para el enunciador, paradójicamente, un “progreso” al cual los entrerrianos no llegaron aún, pues “tienen una generación menos que nosotros en lo que es campo”.

- c) La diferencia entre agricultores y ganaderos en vez de asentarse sobre una elección económica e instrumental y racional se relaciona en este discurso con una matriz afectiva: “se lleva en la sangre”:

*“Me gustan los animales, y muchos creen que el que se fue a agricultura es porque se fueron ciegamente atrás de la soja. Yo te llevo a la zona tampera de Franck, San Gerónimo Norte, Esperanza, y los tipos que han dejado los tambos lloran, vos no sabés, el que es tambero es tambero y lo lleva en la sangre. Y tener que dejar un tambo... se le caen las lágrimas al tipo. No es que lo hizo soja, lo hizo soja porque no lo puede sustentar.”* (Propietario mayor, SF)

A su pesar, los ganaderos tienden a desaparecer y están obligados a convertirse en agricultores para sustentarse.



- d) Otra diferencia se marca entre los pequeños y grandes propietarios. Por ejemplo, un ingeniero de Entre Ríos designa como “colonos” a los que poseen menos de 1.000 hectáreas y colonos grandes a los que superan esa cifra. Una maestra rural entrerriana sostiene que “los colonos” han ido desapareciendo y que hoy existen “terratenientes”:

*“Los pequeños colonos no están. No están o quedan muy pocos.” (...) “muchísima cantidad de territorio ya está en manos de poca gente”, dice. Esto se asocia en su discurso a la “invasión” de la soja: “Toda nuestra zona fue invadida por la cuestión soja. Y por eso compraron todo a los colonos y quedan pocos con mucho. Porque están con todo el trabajo de la historia de la soja. Están ganando plata a raudales.”*

Este sentido común distingue entonces entre “el colono” y “la gente de la soja” que “destruye la tierra”.

En la visión al respecto de un propietario mayor (SF), la diferencia se marca entre el que vive en su campo, con su familia y busca una producción sustentable, equilibrada, y los que alquilan campo o los pooles de siembra que se dedican al monocultivo “cerrando los ojos”:

*“Lo que pasa que, yo vivo sobre el campo, es mío propio, quisiera que sigan mi familia y por lo tanto yo trato de hacer una rotación, de mantenerlo al campo, o sea, que sea una producción sustentable. Eso me demanda una rotación. En rotación entraba el trigo, el maíz o sorgo y con la soja. Pasa que cuando no te cierran los números vos vas buscando la forma de conseguir un equilibrio. Hoy cualquiera de los que muchos de los que alquilan campo, incluso los pooles de siembra cierran los ojos y te siembran soja sola.” (Propietario mayor, SF)*

- e) Desde el discurso de un trabajador rural se marca una distinción que diversifica la población del campo y establece una disputa entre los baqueanos y los “patrones”, que denomina “ingenieros” y que diferencia de los “dueños”. El conocimiento técnico choca con los saberes del baqueano, como en el caso del uso de los perros para el arreo del ganado:

*“Hay una pulseada entre los patrones, entre la gente... Los patrones son, ¿cómo se puede decir? Son ingenieros... No son los dueños, dueños que andan. Sino que hay gente que no le gusta trabajar con perros, porque dice que lo pone muy nervioso al animal. Pero yo, en mi opinión, es que en el monte vos necesitás el perro. En lo limpio, capaz que no. Tienen razón, porque dicen que se pone muy nervioso el animal. Se altera mucho, pero, en el monte, para mí, hace falta el perro.” (Trabajador rural, mayor, ER)*

El trazado de las diferenciaciones internas supone disputas o luchas por el sentido de la definición de “campo”. En este aspecto, la identidad se fisura y se desmiembra en distintas designaciones como agricultores, ganaderos, grandes o pequeños productores, colonos,

alemanes o italianos, pooles de siembra, dueños, ingenieros, patrones, terratenientes. Estas diferenciaciones, analizadas desde una perspectiva que contempla la dimensión afectiva en los procesos de identificación, excede al análisis meramente económico-productivo del “campo”. A fin de profundizar la dimensión de lo afectivo abordaremos las entrevistas realizadas a partir del concepto de *melancolía*.

### **La dimensión melancólica en los discursos en torno al “campo”**

Las identificaciones políticas pueden asociarse a lo que Pecheux denomina formaciones discursivas, que a la vez son sostenidas por una dimensión afectiva e imaginaria. Esto implica que todo proceso de cristalización simbólica de una identidad –como decir “soy del campo”– se arraiga en un terreno afectivo, libidinal en términos freudianos, que actúa de soporte y permite cierta persistencia en el tiempo.

La *vivencia* constituye un elemento clave para el análisis de las identificaciones imaginarias. La experiencia de ser “afectado”, en términos de “afectivizado”, se ubica como elemento de demarcación entre quienes pueden verse involucrados o no ante determinado acontecimiento, como puede ser concebido el “Conflicto del campo”. La enunciación de un “yo” y la relación con la *vivencia*, establece esa pauta:

*“Es una vida que... Uno la vivió. Sabe lo que es. Y hoy en día... Hay cosas que están mal. Uno las ve mal y sigue todo igual ¿viste?”* (Trabajador rural, mayor, ER)

El lugar del afecto resulta una tarea compleja de analizar y reconocer en el terreno discursivo. Como sostiene René Kaës (2011), los afectos escapan a cualquier representación fija, se manifiestan repentinamente, irrumpiendo. Difícilmente se dejan decir y tendemos a nominalizarlos.

Para abordar la dimensión afectiva en los procesos de identificación utilizamos el concepto de *melancolía* (Freud, 1917). La melancolía es considerada a partir de su contraposición con el duelo. Si bien ambas manifestaciones comparten expresiones, el duelo se concibe en el plano de la normalidad –aun cuando implique cambios en la ‘conducta normal’– y bajo una característica temporal de tipo pasajera. En cambio, la melancolía se inscribe en un plano temporal extenso y con costos psíquicos específicos como la cesación de interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de las funciones y la pérdida de

amor propio (Freud, 1976: 242)<sup>5</sup>. En relación a estas consideraciones nos interesa indagar la noción de melancolía que aquí concebimos como indicio de las formaciones imaginarias –y afectivas– ligadas a las formaciones discursivas en los procesos de identificación política<sup>6</sup>.

La melancolía supone una pérdida, pero a diferencia del duelo, ésta es de naturaleza más ideal. Existe un vínculo estrecho con el pasado en el cual la distinción pasa a ser delimitada por aquello que ya no es y que aun no pudiendo pronunciarse, se encuentra presente. La relación con el objeto siempre es afectiva, es decir, invadida por la pena, la tristeza, la nostalgia, la rabia, la alegría etc. –como modo usual de nombrar los afectos–, por eso Freud apunta a la pérdida del objeto amado, sin necesariamente referirse a una “relación sentimental amorosa” pudiendo tratarse de la patria, la libertad, el ideal.

La *nostalgia* se inscribe en este plano como manifestación, particularmente marcada en las identificaciones con el “trabajo de campo”. La relación con ese pasado “mejor” o deseado es puesto en de relieve en el relato de un propietario santafecino:

*“Sí, contra lo que debería ser hoy con una mejor educación y todo así, eh, lo que falta es la vocación de trabajo, que la persona quiera trabajar, o sea, quiera, quiera aprender, vos decirle hacé esto y lo quiera hacer bien. Eh, antes era mucho más responsable la gente que vos ponías, vos le dabas un trabajo y lo sentía propio, viste, con responsabilidad.”* (Propietario, Mayor, SF)

El trabajo se vincula a “poner el cuerpo”, lo cual desliza una relación con el sacrificio como parte también constitutiva de su identidad. En distintas entrevistas se ve la construcción discursiva e imaginaria de un pasado en que el trabajo se asocia a la idea de responsabilidad, “sentida como propia”, enaltecido en esta idea de sacrificio:

*“Por ejemplo, en época de cosecha no hay horarios, volvés a las 10, 11 de la noche, estás todo el día en el campo –trabajás, comés...- o sea, es todo un sacrificio que hay que hacer.”* (Propietaria, joven, SF)

Sin embargo, esta concepción de trabajo se ve modificada, o adquiere otros matices, con la mediación tecnológica; sobre todo, por la demanda mucho menor de mano de obra y ciertos requerimientos “técnicos” diferentes a los solicitados en el pasado:

*“Cada vez se ocupa menos gente. Hoy en día, para manejar una máquina, tenés que tener algo de estudio, algo de conocimiento. Viste que hasta un tractor te viene con computadora (...) Está todo adelantado. Cada vez se ocupa menos gente, mano de obra. Viene un tipo con una máquina, tenés el maquinista y tenés, ponele, dos tordistas. Antes capaz que había para esa máquina, tractores mucho más chicos. Tenías que tener esa máquina, una máquina mucho más chica, que tardaba mucho más tiempo.”* (Trabajador rural, mayor, ER)

El trabajo se relaciona con estos conocimientos ligados a lo técnico o ingenieril. Así, la labor del peón en el pasado se actualiza en su discurso como desprovisto de conocimiento.

Considerar nuevamente las formulaciones de Freud nos lleva a notar que la delimitación entre duelo y melancolía parte de la relación con el objeto perdido. Mientras que en el duelo hay un reconocimiento consciente de esa pérdida; en la melancolía no se la logra avizorar, al no concebirse la pérdida como tal. El sujeto no distingue claramente qué es lo que se ha disipado, se trata de una ‘pérdida desconocida’ que permanece como ‘herida abierta’ y que mantiene mediante la libido una relación estrecha.

Se trataría, por tanto, de una relación afectiva que se actualiza mediante recuerdos, relatos, un *proto-relato* en términos de Caletti: “Cualquier colectivo apoya su idea de sí —su régimen de reconocimientos y expectativas recíprocas, las sutiles o brutales fronteras en la relación con otros colectivos— en una suerte de relato de lo común, que nunca es narrado como tal, pero sí infinitamente aludido” (Caletti, 2009: 191). Este relato, que actúa como patrimonio compartido, se recrea en el caso analizado a partir de las anécdotas y la tradición común. Estas memorias hacen al relato colectivo y se cuentan en términos vivenciales y situados. Los juegos, las formas de hacer el fuego o hacer artesanías pueden pensarse como ejemplos de este proto-relato en las palabras de una joven propietaria:

*“O sea, no éramos mucho de los juguetes. Jugábamos siempre a la casita, hacíamos cositas con barro o cositas así. Y bueno, ya cuando éramos más grandes hacíamos fuego y hacíamos artesanías y las cocinábamos y después, en mi casa hay una laguna y hacíamos, por ejemplo una balsa, y era todos los veranos a ver quién tenía la balsa que iba hasta más adentro y que flotaba mejor, era una competencia”.*

(Propietaria, joven, SF)

Las pequeñas anécdotas de lo cotidiano son modalidades enunciativas de las particularidades o diferencias de vivir en el campo. El lugar del placer exhibe la relación afectiva con el objeto, en términos freudianos. La maestra entrerriana lo narra en relación a su experiencia en el aula con los alumnos y los imprevistos con animales:

*“Muchas víboras había. Muchas víboras. Entonces, para los alumnos era un placer... Víboras y lauchas. Un placer absoluto. Entonces, una vez se metió una rata. No era laucha, una rata era. Se metió... Estaba en el aula, estaría ya en el aula. Nosotros estábamos dando clases y por ahí la vimos pasar. Yo, dando clases, la veo. Y me subo arriba del escritorio y todos... Pero del susto: yo le tengo terror a las ratas. No*

*porque hagan nada, pero me causa impresión. Y las mujercitas también se subieron a sus bancos. Y los varones, a atrapar la rata.” (Prestadora de servicios, mayor, ER)*

En la conceptualización de melancolía, no es la pérdida del objeto lo que hace al melancólico, sino más bien una pérdida de sí, una afectación que incluye la *ambivalencia*: “Por eso la melancolía puede surgir en una gama más vasta de ocasiones que el duelo, que por regla general sólo es desencadenado por la pérdida real, la muerte del objeto” (Freud, 1976: 253). Esto permite explicar algunas ambivalencias en relación a ciertas nostalgias y el vínculo con el presente. Si bien muchos de los entrevistados se posicionan en el discurso desde un lugar marcado por la melancolía, hacia un presente que ya no es el mismo, también notamos cierta resistencia a volver a esas condiciones de antaño, como advertimos en la narración de una maestra rural entrerriana en relación a “la vida en el campo”:

*“Bueno, yo el mugido de las vacas es una cosa que no las puedo escuchar más. Te juro. La gran desolación que yo sentía a las seis, seis y media de la tarde, cuando se ponía el sol. Vos decís: “Yo, ¿qué hago acá? No es mi lugar en el mundo”, ¿viste? Pero, a su vez, era mi lugar porque yo estaba feliz con esos chicos. Mi trabajo me encantaba, pero es el desarraigo, ¿viste?” (Prestadora de servicios, mayor, E.R.)”*

En cuanto al trabajo, mientras un propietario reclama la falta de mano de obra para el campo, aparece un relato basado en la tecnologización rural, que ha implicado una merma de trabajadores; “*lo que renegás con el personal*”, menciona un propietario santafecino:

*“Hoy el campo no consigue gente para trabajar de ningún tipo. Entonces le digo, estamos mirando, pero ya hace 2 o 3 años que estamos mirando si aparece alguien y no encontrás gente...” (Propietario, mayor, SF)*

Sin embargo, en párrafos posteriores, este mismo propietario, expresa cómo la agricultura – actividad que prevalece en la provincia de Santa Fe- ya sea por los avances en la técnica o por la actividad misma, requiere menos personal que antaño:

*“Si vos supieras... eh, a mí lo que me da bronca suponete, yo nací en el momento que yo tenía 100% de ganadería, la llevaba con otro personal, el mismo que sigue trabajando conmigo y trabajaba todos los días, porque la hacienda te demanda todos los días, todos los días vos tenés algo que hacer. Cuando yo paso a hacer agricultura, incorporo hacer rollos para darle trabajo al personal que tenía, me sobra el tiempo, entonces vas eliminando mano de obra.” (Propietario, mayor, SF)*

Como se ha indicado, persisten diversas ambivalencias. Una de ellas es la firmeza en definir al trabajo como sacrificio a la par de la tecnologización, en un relato en el que se imbrican imaginarios del pasado con descripciones más bien actuales del trabajo. Otra es la nostalgia de ese pasado al que se decide no regresar. La valoración del saber vivencial del peón de campo y luego la propia desvalorización de su conocimiento frente al del ingeniero también constituye un ejemplo de este horizonte de ambivalencia que tiñe el relato. Las ambivalencias, asentadas en formaciones imaginarias del pasado que persisten en los procesos identificatorios actuales, son sostenidas en una dimensión afectiva y en formaciones ideológicas que operan naturalizando y esencializando estas identificaciones.

En la identificación política y cultural con “el campo”, como vimos, emergen diversas posiciones de sujeto que disputan su sentido, en relación al trabajo, los saberes, las vivencias y cuya dimensión afectiva se vislumbra en relación con la *nostalgia* de un pasado que pervive en los discursos actuales.

Podemos decir que el sujeto político que cobró publicidad a partir del conflicto de 2008 como “la gente de campo” supone un espectro de identificaciones en disputa en relación con los saberes, la propiedad de la tierra, la procedencia inmigratoria, entre otros. Sin embargo estos aspectos se asocian a un protorrelato acerca de “una forma de vida”, que se sostiene en operaciones de corte imaginario y en una dimensión afectiva relacionada a la nostalgia y la melancolía de un pasado que se actualiza en los discursos de los entrevistados.

## Notas

---

<sup>1</sup> Desde una lectura foucaultiana (Foucault, 1976) esto respondería a la polivalencia táctica de los discursos: las mismas secuencias discursivas pueden servir para distintas estrategias. Se trata, así, de “desplazamientos y reutilizaciones de fórmulas idénticas para objetivos opuestos” (Foucault, 2008: 97), entendiéndolos como “una multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias diferentes.” (Foucault, 2008: 97).

<sup>2</sup> Análisis de datos obtenidos de INDEC – INDEC – Censo 2001. Disponible en: <http://www.indec.gov.ar/webcenso/publicados.asp> - [http://www.censo2010.indec.gov.ar/index\\_cuadros.asp](http://www.censo2010.indec.gov.ar/index_cuadros.asp)

<sup>3</sup> En este mismo sentido y retomando la propuesta de Ginzburg, Elvira Arnoux (2009) considera al discurso como un espacio que expone huellas: “en cada punto o tramo de la cadena hay un abanico de posibilidades, una familia parafrástica, de cuyos integrantes uno se realiza en el discurso; que, globalmente, se adopta un dispositivo enunciativo y formas de puesta en secuencia o modos de organización del texto y se desechan otros. En la opción pueden intervenir tanto restricciones genéricas, situacionales o propias de la variedad sociolingüística del sujeto como imperativos psicológicos o ideológicos. En algunos casos, puede ser resultado de decisiones conscientes pero, en general, no lo son. Son fenómenos a los que el hablante no presta atención, fenómenos periféricos, secundarios del decir.” (Arnoux, 2009: 20, 21).

---

<sup>4</sup> La definición del “campo” como actividad económica se encuentra, por ejemplo, en el discurso del ingeniero. Entendido como “trabajo o producción agropecuaria”, en función de la “rentabilidad”: “*Yo en realidad me compré una granja, te dije, porque creo que la agricultura es un negocio, se me presentó y no desperdicié la ocasión.*” (Ingeniero agrónomo, joven, E. R.), desde una relación económica-instrumental, se diferencia de una concepción del “campo” anclada en el terreno de la afectividad o como una “forma de vida”.

<sup>5</sup> Cabe aclarar que este trabajo no se detendrá en las reflexiones freudianas para una clínica psicoanalítica, ni tampoco en un análisis fundado en las alteraciones, modificaciones, consecuencias psíquicas en relación al duelo o la melancolía.

<sup>6</sup> Los análisis de Yannis Stavrakakis (1999, 2010) resultan sumamente productivos para el análisis de las formaciones imaginarias y su sustento afectivo en los procesos de identificación política. El autor retoma en esta dirección la teoría psicoanalítica, capaz de explicar la eficacia de los efectos simbólicos e imaginarios y la relación con la dimensión del afecto y el investimento libidinal para el sustento de los procesos de identificación política y su fijación a largo plazo.

### Referencias bibliográficas:

CALETTI, S. (2009) “*Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*”. Documento de Trabajo. PI N° 3098, FCE, UNER.

FOUCAULT, M. (1971). *El orden del discurso*. Tusquets, Buenos Aires, 1992.

FOUCAULT, Michel (1976). *Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber*. Madrid, Siglo XXI, 2008.

FREUD, S. “Duelo y melancolía” (1917) en *Obras Completas*, Tomo XIV, Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1976.

GINZBURG, C. Mitos, emblemas, indicios. Barcelona, Gedisa, 1999.

KAËS, R. (2011) “El afecto y las identificaciones afectivas en los grupos” En *El Psicoanalítico*. Publicación de psicoanálisis, sociedad, subjetividad y arte. N° 5 Disponible en: <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num5/autores-kaes-intersubjetividad-afectos-psicodrama-1.php> [02/04/2013]

PECHEUX, M. (1978) *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.

PECHEUX, M. (1994). “El mecanismo del reconocimiento ideológico”, en Žižek, S. (comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.

STAVRAKAKIS, Y. (2010). *La izquierda lacaniana*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

---

**Sitios web**

INDEC – Censo 2001. Disponible en: <http://www.indec.gov.ar/webcenso/publicados.asp> -  
[http://www.censo2010.indec.gov.ar/index\\_cuadros.asp](http://www.censo2010.indec.gov.ar/index_cuadros.asp). Consultado: 23/09/2013.